

La generación sin nombre: cuando río suena, versos trae

ÁLVARO MIRANDA

Poeta, novelista, historiador y docente
de Creación Literaria de la Universidad Central.

El azar coloca a los seres humanos en el cruce de tiempo espacio para que nazcan, crezcan y digan adiós dentro de un querer o un desamar. Poetas del Siglo de Oro español se amaron y se odiaron a la par. Miguel de Cervantes y Lope de Vega, vecinos del mismo barrio de Madrid, de las mismas farras de vino, tapas de chorizos de carne magra de cerdo, ajo, pimentones dulces y picantes, vino blanco, orégano, aceite de oliva y sal, terminaron por jalarse las mechas poéticas. En ofensas, el padre de *Don Quijote* fue tratado por su rival de mal poeta, malo entre los malos, mientras que el progenitor de *La dama boba*, fue ofendido por su contrario como mercader de la comedia. Las generaciones, ¡oh cielos!, se aman o se odian.

En 1968 nace en Colombia La generación sin nombre, justo en el momento en que el joven estudiante de derecho, Juan Gustavo Cobo Borda, invitaba a un pequeño grupo de sus mejores nuevos amigos para que se tomaran una foto en el patio de su casa en el barrio el Chicó de Bogotá para la revista *Lámpara*. En ese momento del azar, cuando los poetas hacían pose de fotografía en un jardín perdido, el planeta entero seguía en la vieja costumbre de amarse y odiarse. En Vietnam la guerrilla del vietcong arremetía contra la embajada de Estados Unidos, en Sudáfrica el mé-

dico Christian Bernand hacia el primer trasplante de corazón; es decir, unas eran de cal y otras de arena, unas de piernas en minifalda, otras de velas a Mao Tse Tung, al Che, a Hebert Marcuse o a la asombrosa aparición de *Cien años de soledad*, un libro bebé de un año de nacido.

Cuando son publicados los poemas de estos jóvenes, Jaime Ferrán, poeta y crítico de Adonais; María Mercedes Carranza del suplemento *Vanguardia*; Álvaro Burgos Palacios, periodista independiente; Óscar Alarcón de *El Orientador* de Santa Marta y los poetas Aurelio Arturo, Fernando Charry Lara y Héctor Rojas Herazo, dieron sonrisas, apretones de mano, escritos y aplausos de bienvenida a aquellos ingenuos exbachilleres que hacía pocos años atrás habían tenido que comer cuajada fresca con almíbar para no agravar la fiebre, el dolor de cabeza, el cansancio y la falta de apetito producidos por la varicela de la infancia.

En la vieja fotografía en blanco y negro tomada en 1968, en la que aparecen David Bonells Rovira, Darío Jaramillo Agudelo, Juan Gustavo Cobo, José Luis Díaz-Granados, Henry Luque Muñoz, Álvaro Miranda y Augusto Pinilla, el azar de nuevo, que lanzaba sus dardos sobre nuevos escogidos, seleccionó, con el radar que Cobo conectaba a su olfato, a cinco nombres más

* La primera versión de este texto se leyó en la Biblioteca del Banco de la República, Agencia Cultural de Popayán, el 9 de noviembre de 2017, con motivo de la presentación del libro en presencia del poeta, invitación hecha por el Sello Editorial de la Universidad del Cauca.

para que fueran los nuevos mejores amigos: María Mercedes Carranza, Martha Canfield, Giovanni Quessep, Jaime García Maffla, Elkin Restrepo y Miguel Méndez Camacho.

Los encuentros eran graneados sin ninguna explicación. Muchos se daban en las cafeterías de la universidad de los jesuitas, en los restaurantes de “corrientazos”, en el Cream Helado o en exóticos almorzaderos del centro de Bogotá, en medio del olor a carne de chigüiro recién asado, bandeja paisa o en ese edificio de la Avenida Jiménez de Quesada n.º 8-40, que en sus ocho pisos, sótano, mezzanine y escaleras de solo libros, era para muchos el Empire State Building ilustrado de Bogotá y donde nos hallábamos para, a hurtadillas, hacernos a libros prestados que nunca devolvíamos. Y ahí, su dueño, don Carlos, el alemán Karl Buchholz, que había llegado al país en 1950, cargado de libros para fundar su librería y su revista *Eco*. Gracias a este ilustre señor, todos aprendimos a leer y después a escribir con los artículos y poemas que Nicolás Suescún y Cobo Borda seleccionaban como jefes de reacción para publicar cada mes. Homenaje a Buchholz, el hombre de la cabellera esponjosa y blanca, al librero

errante que en lugar de calderos de cobre cargó por todo el mundo, poetas, novelistas, ensayistas, científicos, encapsulados en hojas de papel.

Miembros de La generación sin nombre, homenajeada por la Universidad Central en 2018, con motivo de sus cincuenta años de vida:

- Juan Gustavo Cobo Borda (Bogotá, 1948)
- Henry Luque Muñoz (Bogotá, 1944-2005)
- Darío Jaramillo Agudelo (Santa Rosa de Osos, 1947)
- José Luis Díaz Granados (Santa Marta, 1946)
- Jaime García Maffla (Cali, 1944)
- Augusto Pinilla (Socorro, 1946)
- Martha Canfield (Montevideo, 1949)
- Elkin Restrepo (Medellín, 1942)
- Miguel Méndez Camacho (Cúcuta, 1942)
- María Mercedes Carranza (Bogotá, 1945-2003)
- David Bonells Rovira (Chía, 1946)
- Giovanni Quessep (San Onofre, 1939)
- Álvaro Miranda (Santa Marta, 1945)

Poética

¿Cómo escribir ahora poesía,
por qué no callarnos definitivamente
y dedicarnos a cosas mucho más útiles?
¿Para qué aumentar las dudas,
revivir antiguos conflictos,
imprevistas ternuras;
ese poco de ruido
añadido a un mundo
que lo sobrepasa y anula?
¿Se aclara algo con semejante ovillo?
Nadie la necesita.
Residuo de viejas glorias,
¿a quién acompaña, qué heridas cura?

En un bolsillo de Nerval

Hoy me ausentaré de mí,
me excusaré de mi presencia,
diré adiós a mi envoltura
y seré más amigo de ese otro ser que me amortaja.
Hoy tengo una cita:
me encontraré con el reflejo que me busca,
con el cuchillo que me acecha;
dibujaré con más amor mi herida
para que allí anides y te pierdas.
Hoy salgo de mí, me digo adiós,
dejo mi rostro como prueba de partida,
me evaporo entre la bruma y resucito.
Camino hacia la huella que se borra,
me persigo por los senderos del bosque:
soy el ladrido y la fuga sin fin del jabalí;
también la flecha y el salto del venado.
Me encuentro en la mosca que me bebe.
Desaparezco entre un farol que agiganta la niebla
y sigo siendo la bufanda que me ahorca.
“Hoy no me esperes porque la noche será negra y blanca”.

Al blanco

Con una palabra
se puede matar.

Aunque haya en contra
toda clase de armas.

Aunque se tenga enfrente toda la pólvora.

Basta con dispararla en el momento justo,
lanzársela a la cabeza del enemigo.

O dejársela para que la recuerde.

Una carta de Alexandr Pushkin a Anna Kern desde el más allá

Qué monótona es la eternidad, todo huele
a flores marchitas, a incienso y a olvido.
Aquí la luz viste de capa, los ángeles son
/pardos
y su suave rumor afina las alas del sueño.
Me desvela recordar
los horrores absolutos de mi Rusia.
Anna, sólo evocar tus ojos de fuego azul,
tu pelo enredado a mi vida, tus dos manos
/dementes,
regala a mi ser una caricia sin pena.
El emperador y su águila de doble pico
ansiaba arrojar mi cuerpo a los perros.
La muerte acechaba mi sombra,
/interrogaba mi pluma,
mi lengua y mi oído, y yo la alejaba
con el estallido del verso y el redoble de
/tu paso.

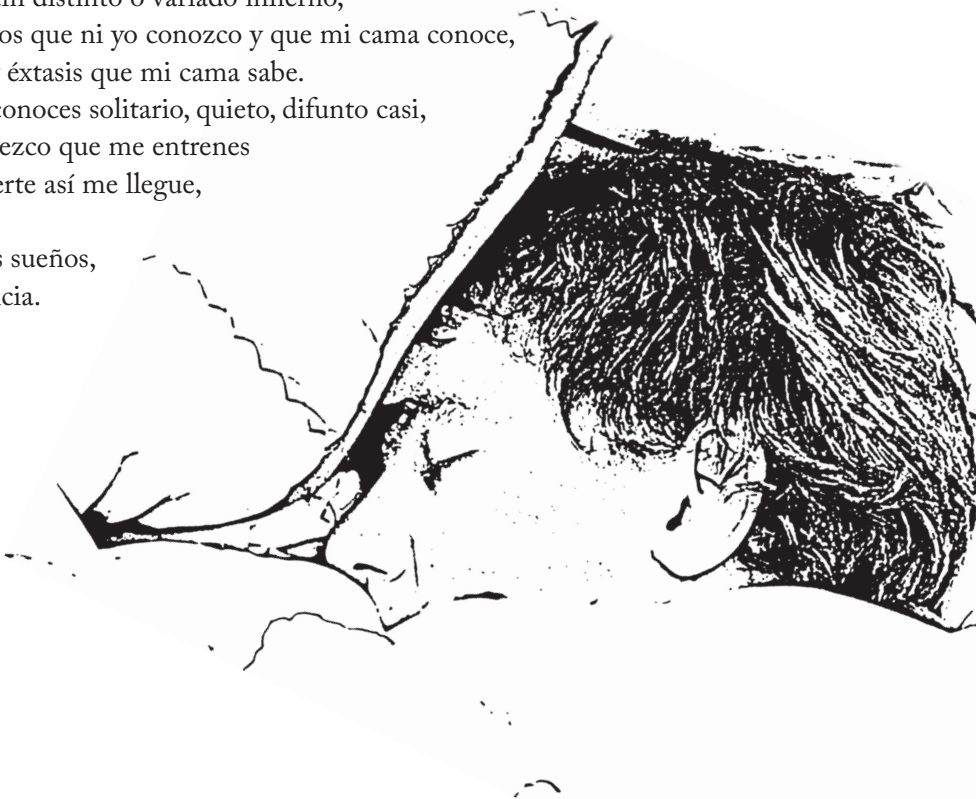
Hoy me rodeó una ráfaga que tenía tu
/forma
y quise entrar en ella y transmutarme y
/tomar el perfil
de mi amada y esquivar Libertad.
Sabes bien que los muertos hablan, que la
/verdad
derrite el mármol y la mirada de un
/hombre limpio
puede reventar las armas de los dioses
/depravados.
Mas recordaré nuestra cita:
cuando llegaba mi monumento,
tu cuerpo se atravesó en la calle, Anna, tu
/cuerpo
mil veces dormido entre la caja del tiempo.
Sé que tu corazón temblaba
como la más huérfana hoja de otoño.
Pero no fuiste tú quien acudió en mi
/busca.
Yo me convertí en piedra para verte pasar.

Poemas de amor (II)

Podría perfectamente suprimirte de mi vida,
no contestar tus llamadas, no abrirte la puerta de la casa,
no pensarte, no desearte,
no buscarte en ningún lugar común y no volver a verte,
circular por calles por donde sé que no pasas,
eliminar de mi memoria cada instante que hemos compartido,
cada recuerdo de tu recuerdo,
olvidar tu cara hasta ser capaz de no reconocerte,
responder con evasivas cuando me pregunten por ti
y hacer como si no hubieras existido nunca.
Pero te amo.

Canto a mi cama

Mi cama es la cama de todos los días.
Aprendí hace mucho las sombras que se ven desde mi cama,
a tientas llego fácil en mi cama al volumen de la música,
al suiche de la lámpara, a mis gafas,
mi cama me acoge cada noche, se abre en la forma de cada músculo mío,
mi cama tiene la prueba de que no existo sino en sueños
y mi peso que se tiende en ella como si flotara
respira para que bailen los dioses de la noche,
fantasmas varios y alucinaciones de la insomne duermevela,
cada noche jardín distinto o variado infierno,
estremecimientos que ni yo conozco y que mi cama conoce,
desgarraduras y éxtasis que mi cama sabe.
Cama que me conoces solitario, quieto, difunto casi,
cuánto te agradezco que me entrenes
para que la muerte así me llegue,
sobre ti,
y te queden mis sueños,
mi única sustancia.



José Luis Díaz-Granados

Matrimonios

Me casé dos, tres veces. Fue en el siglo
pasado. Con cada mujer escribí libros, poemas.
Escribí libros y letrillas. Con cada una de ellas
bebí y viví rones y estancias. Crucé en navíos
los insondables lagos, extraviados
de todo el mundo y de nosotros mismos.

Éramos fábricas de sangre y de cansancios.
Éramos a la vez perfumes y batallas,
en danzas de alboradas aún llenas de estrellas.

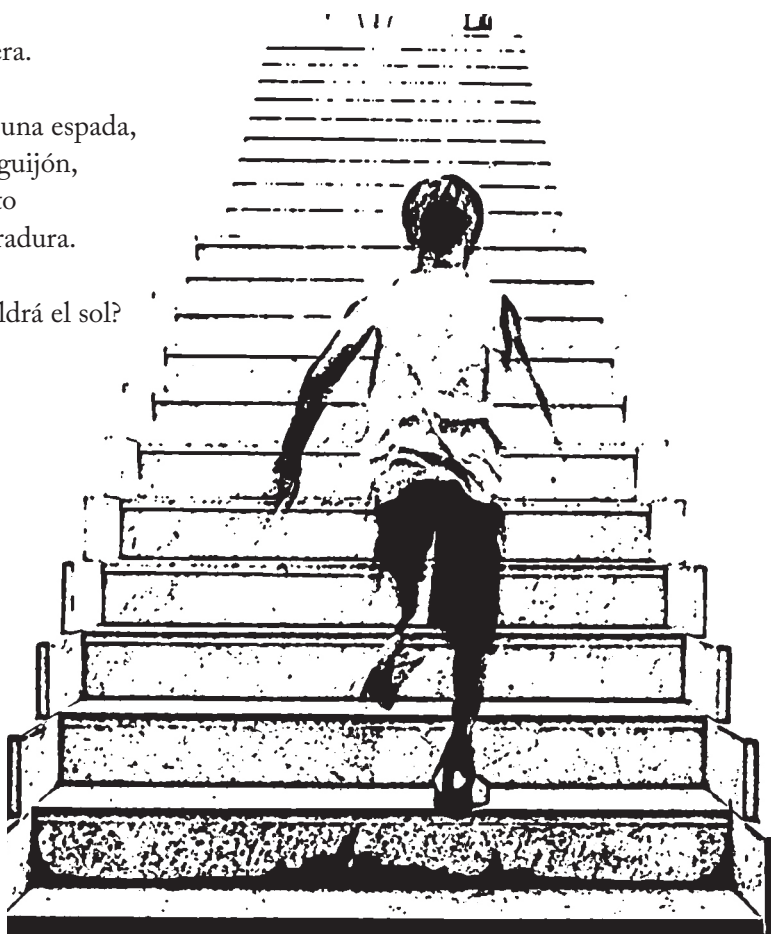
Me casé dos, tres veces. Y tal vez fui feliz
porque ahora es de miel y leche puras
la tinta con que escribo estos silencios.

Peldaños

Me veo vivir
subiendo una escalera.

En un peldaño hay una espada,
en el siguiente un agujón,
en el ulterior un gato
y luego veo una cerradura.

¿En qué peldaño saldrá el sol?



Voluntad del juglar

Sea la inexistencia
que mi ser todo desaparezca
que no quede huella de mis escritos
memoria de mis actos
rastros de mí
semilla o fruto de mis pensamientos
que mi nombre se hunda en el olvido mi alma en el no ser
mi vacío en el vacío universal
como se han ido ya mis horas
así se seque el cauce de mi sangre
ay que huella no quede de mis pasos
ni eco de mi voz
ni sombra de mis cosas
no se guarde de mí ni la nostalgia
así sea en una urna
borrada de los lienzos toda imagen
que los espejos ya no me reflejen
y si algo quedare
sea pues de mi ser lo que no ha sido.

Canción

Una lejana voz
que dice a los marinos:
“no, no arribar, botar anclas
y esperar solamente
a que otras embarcaciones
pasen de largo hacia el muelle que aguarda
voz que es del sueño de un permanecer
como lo es del duelo del siempre estar partiendo...
Callar y hablar, con sólo el leve golpear de las olas
en la conciencia y en el corazón.
La voz se hace próxima
y dice a los marinos que aguarden en cubierta,
tal vez sin tiempo, tal vez sin el agua, tal vez sin el cielo...

Autorretrato

Un poeta camina por los prados
hacia la cima de la niebla
quiere atrapar el día
a la hora de su nacimiento
y darle una palmada
y que rompa a llorar
—por la primera vez—
entre sus manos

Un poeta se pasó la vida
en el umbral de niebla de los amaneceres tratando de
atraparlo...
Al final,
todo el mundo lo vio aparecer
al extremo del bosque,
llorando,
con los zapatos llenos de rocío
y la primera luz
sonriendo entre los árboles.

Poema que te sueña

El poema va encontrando
llena de luz los pasos del camino
que hasta ti me conduce

No sé si serás tú
si eres otra que te anuncia
y aún navego errante
hasta que todo decida nuestro encuentro

Llegas
irradiando la luz donde olvido mi nombre
en esta plenitud de la vida por tu vida
Es mi primera dicha haberte esperado
vivir viviendo tú
sentir lejos y cerca
el iris permanente de tu serena luz
el oro entredormido
Trigo pleno al comienzo de la tarde.

Amor caníbal

Yo quisiera envolverte y protegerte
de las miradas de todos los demás
como adentro de un capullo secreto
en el que tú pudieras
seguir creciendo y palpitando
tu ingenuo corazón
pequeño y niño
seguiría latiendo
setenta veces por minuto
y mi mano sería para él
pantalla escudo estuche
yo quisiera guardarte en un calor seguro
quisiera acariciarte y devorarte
sentirte descender en la tiniebla visceral
y percibir tu movimiento rítmico
adentro de mi estómago oculto
ya despedazado por mis dientes
de un amor de la índole del fuego
a nada semejante
transformado en la esencia de ti
y ya sin forma
pura sustancia concentrada y libre
de todo posible movimiento autónomo
que la esencia lo es muy simplemente
en el tiempo sin tiempo
no se mueve no trata de cambiar
dentro de mí cuidada y protegida
incluso de ti mismo
tú me comprendes, ¿cierto?
incluso de tu falta de amor
de tu insensata pretensión
de encontrar el placer en otra parte
quién sabe dónde, luego,
¡habrase visto!

Cipreses de Toscana

Los erguidos cipreses de Toscana
atraviesan el aire como rejas.
Si el cielo es de tormenta ellos se resisten
si el día se despeja
parecen despegarse de la tierra.



Lugar común

Si les dijeran
que todo aquello es amor,
lo negarían.

Viven un hechizo y no se dan cuenta.

Pero él se desespera si no la ve,
y ella acude en su busca
si no lo encuentra.

Sentados en el bar,
podrían pasar la vida entera.

Dos que no saben
que son uno,

y que para reunirlos
se movió de su sitio
el universo mismo.

Y hablan y hablan
(de todo y nada en apariencia),

sin saber
que es del amor que hablan.

Petición

Una verdad me sea dada
en lo que escribo.

Que si las palabras fracasan,
sobre su desecho,
quede prueba al menos
de la tentativa.

Ahora sabes,
que no basta
lo que es suficiente.

Caprichoso es lo indecible,
menor tu arte.

De fracaso en fracaso,
sin embargo,
puedes construir tu obra.

Baldío, desecho, basura,
¿cómo desconocer
que el día también allí destella?



Escrito en la espalda de un árbol

No recuerdo si el árbol daba frutos
o sombra,
sólo sé que dio pájaros.

Que era el centro del patio
y de la infancia.

Que en la madera fácil
tallé tu nombre encima
de un corazón flechado.

Y no recuerdo más:
tanto subió tu nombre con el árbol
que pudiste escaparte
en la primera cosecha que dio pájaros.



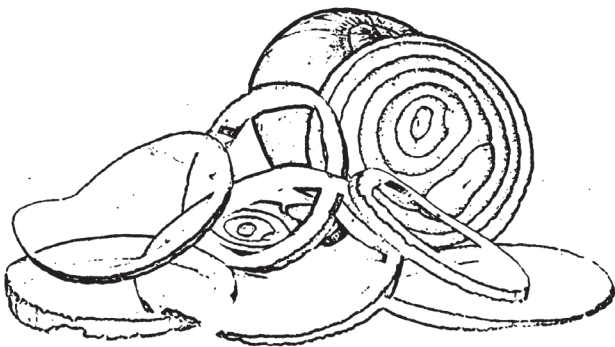
Don Pablo

Señor, doctor, don, excelentísimo,
máster, míster, monsieur, su señoría
don neftalí, don pablo, don neruda.

Conste que no me burlo
es el respeto disfrazado de risa
pero no lo soporto
no le permito tamaña humillación
tan grave ofensa
como escribirle un verso a la cebolla
y hacerlo bien.

Yo en cambio soy tan torpe en el oficio
que no puedo hilvanar más de tres versos
para decirle a la mujer que vivo
esas cosas hermosas que Ud. malgasta
en congrios, alcachofas, perros muertos,
insectos y cebollas.

Maldito Usted, don Pablo,
que utiliza palabras
y las deja inservibles.



Sobran las palabras

Por traidora decidí hoy,
martes 24 de junio,
asesinar algunas palabras.
Amistad queda condenada
a la hoguera, por hereje;
la horca conviene
a Amor por ilegible;
no estaría mal el garrote vil,
por apóstata, para Solidaridad;
la guillotina como el rayo,
debe fulminar a Fraternidad;
Libertad morirá
lentamente y con dolor;
la tortura es su destino;
Igualdad merece la horca
por ser prostituta
del peor burdel;

Esperanza ha muerto ya;
Fe padecerá la cámara de gas;
el suplicio de Tántalo, por inhumana,
se lo dejo a la palabra Dios.
Fusilaré sin piedad a Civilización
por su barbarie;
cicuta beberá Felicidad.
Queda la palabra Yo. Para esa,
por triste, por su atroz soledad,
decreto la peor de las penas:
vivirá conmigo hasta
el final.



Bogotá, 1982

Nadie mira a nadie de frente,
de norte a sur la desconfianza, el recelo
entre sonrisas y cuidadas cortesías.
Turbios el aire y el miedo
en todos los zaguanes y ascensores, en las camas.
Una lluvia floja cae
como diluvio: ciudad de mundo
que no conocerá la alegría.
Olores blandos que recuerdos parecen
tras tantos años que en el aire están.
Ciudad a medio hacer, siempre a punto de parecerse a algo
como una muchacha que comienza a menstruar,
precaria, sin belleza alguna.
Patios decimonónicos con geranios
donde ancianas señoras todavía sirven chocolate;
patios de inquilinato
en los que habitan calcinados la mugre y el dolor.
En las calles empinadas y siempre crepusculares,
luz opaca como filtrada por sementinas láminas de alabastro,
ocurren escenas tan familiares como la muerte y el amor;
estas calles son el laberinto donde he de andar y desandar
todos los pasos que al final serán mi vida.
Grisas las paredes, los árboles
y de los habitantes el aire de la frente a los pies.
A lo lejos el verde existe, un verde metálico y sereno,
un verde Patinir de laguna o río,
y tras los cerros tal vez puede verse el sol.
La ciudad que amo se parece demasiado a mi vida;
nos unen el cansancio y el tedio de la convivencia
pero también la costumbre irremplazable y el viento.

Carta a Mario Rivero

Cuando los muchachos del barrio fuimos
al circo,
expectantes asistimos al espectáculo.
Después de la fanfarria, apareció el elenco,
y comenzaron a desfilar por la arena
los enanos en zancos,
los payasos con sus caras de harina,
el domador de mansas fieras,
la amazona y sus potros,
y el caballero de frac y flor en el ojal
que remedaba al mago.

Tras un redoble de tambor, los maromeros
en los trapecios ejecutaron sus acrobacias,
en medio de nuestro asombro convertido
en aplausos.

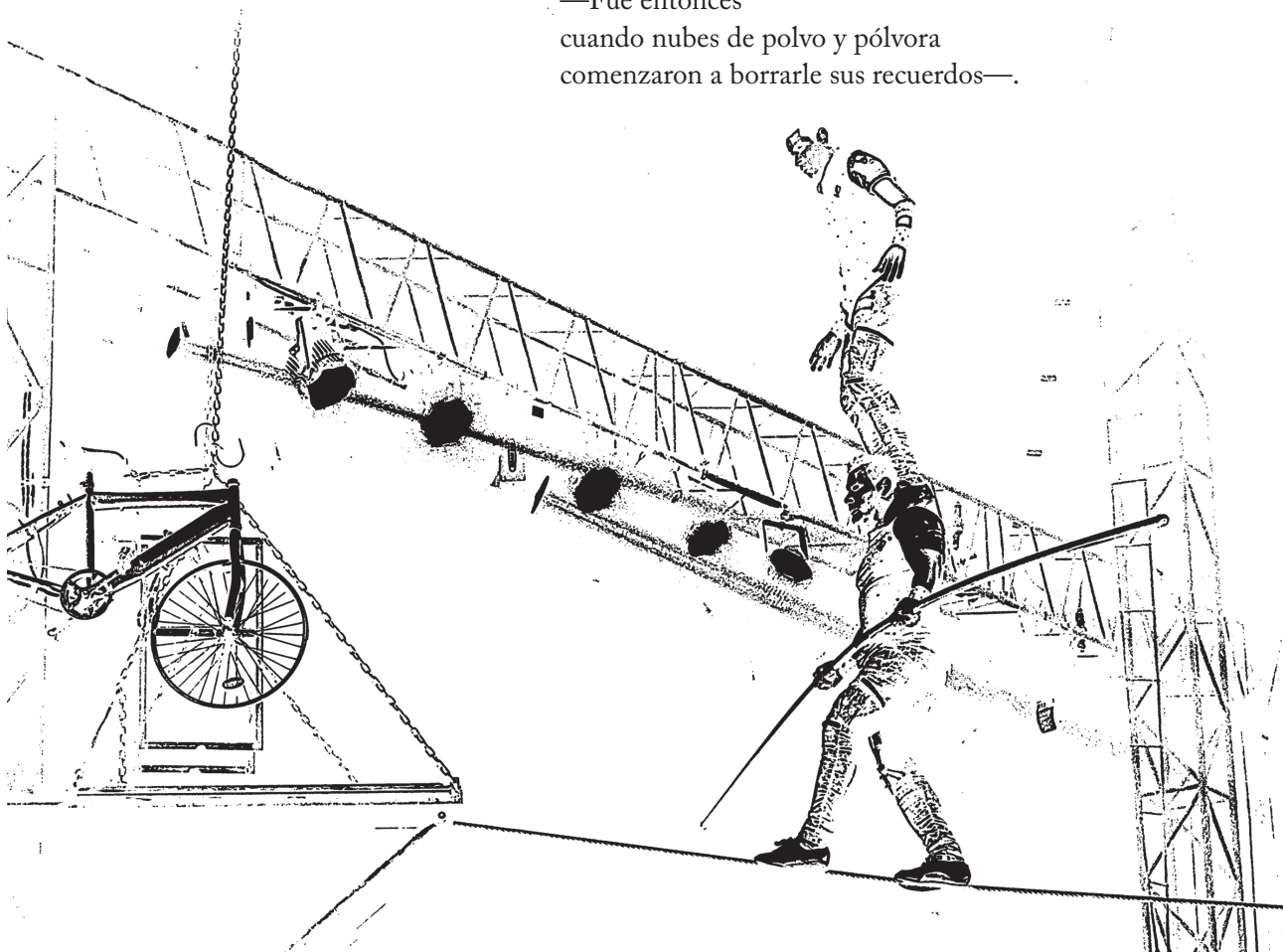
—Yo deseaba locamente caminar por la
cuerda floja, pero
el león ño me quitaba los ojos de encima.

Poco antes de morir

El General poco antes de morir,
hizo un alto en el sueño
para espantar las pesadillas,
y entre el canto del gallo
y la vigilia,
recordó sus días de guerra
a voz en cuello.

Hasta pasada el alba
estuvo delirando,
más tarde
su rostro se hizo tenso.

—Fue entonces
cuando nubes de polvo y pólvora
comenzaron a borrarle sus recuerdos—.



Pájaro

En el aire
 hay un pájaro
 muerto;
 quién sabe
 adónde iba
 ni de dónde ha venido.
 ¿Qué bosques traía,
 qué músicas deja,
 qué dolores
 envuelven
 su cuerpo?
 ¿En cuál memoria
 quedará
 como diamante,
 como pequeña hoja
 de una selva
 desconocida?

Pero en el aire
 hay un patio
 y una pradera,
 hay una torre
 y una ventana

que no quieren morir
 y están prendidos
 de su cola
 larga de norte a sur.

En el aire
 hay un pájaro muerto.
 No sabrá de la tierra
 ni de esta mancha
 que todos llevamos,
 ni de las máscaras
 que lapidan,
 de los bufones
 que hacen del Rey
 un arlequín perdido.
 ¿Quién lo guarda,
 quién lo protege
 como si fuera
 la mariposa angélica?
 Pájaro muerto
 entre el cielo y la tierra.

Alguien se salva por escuchar al ruiseñor

Digamos que una tarde
 el ruiseñor cantó
 sobre esta piedra
 porque al tocarla
 el tiempo no nos hiere
 no todo es tuyo olvido
 algo nos queda
 entre las ruinas pienso
 que nunca será polvo
 quien vio su vuelo
 o quien escuchó su canto

Paisajes sobre aquesta mar del condotiero, muy galana en su belleza, tan así que era fácil de confundir con aquesa otra que el gobierno inglés mandó acuñar en monedas de oro, donde se veía el marqués de Oviedo, más conocido con el nombre de don Blas de Lezo, hincando su soberbia ante el almirante Vernon

Nada se avista en el Atlántico.
Los piratas amantes de Isabela
duermen el arcano de sus viajes.
Aquesta mar tan reposada, dueña
del cilíndrico Sol que hamaca
la véspera estrella venusiana,
siente del tiburón entre el oleaje
un hilo de sangre azul y cristalina...

Y aquesa, la gaviota, ditiramba
en el vuelo, fija sus ojos en
la eternidad que se avecina,
para romper después, en aletazo,
el silencio que el sueño difumina...

Ágil, como salido del arco en la
tardanza, el alcaraván se pierde
en el encuentro, punto por punto
hasta quedar en cero...

Todo duerme en la pizarra,
todo se fija en el grabado,
como si esa sal endurecida cuajara
en el alma y en la vida...

El tiempo hace del espejo su memoria:
gota de azogue coagulada, hasta que por
fin en la naciente albura
un tropel de llamas anuncia la llamada...

Ya se siente del ciprés la algarabía,
la grieta del cielo en el calor abierta.
Ya se palpa sobre aquesta mar resucitada,
la flor del Condotiero, bien amada.



El libro blanco de los muertos

Un día Madre dijo:
Ven hijo te regalo este muerto.
Era un muerto culto que en medio de la noche gritaba:
“... Qué dolor me inspira el magnánimo Eneas el cual vencido por Aquiles va a descender a los infiernos por haber dado crédito a las palabras del Flechador Apolo”.
—Llévatelo al colegio —prosiguió Madre— siéntalo a tu lado
entónale tus canciones
regálale la piel de gato que guardas como tesoro
préstale tus abedules llenos de vientos
báilale tu trompo de cedro
muéstrale el agua que bebemos
el horno donde se asa el pan al caer los sueños.

Todo iba bien. El muerto izaba bandera
escribía con tinta china las vocales que saltaban de las palabras para
bajar del tren que las llevaba sobre las líneas dobles del cuaderno.
Un día llegó el aguafiestas del Maestro y dijo:
“Joven: ¿Qué hace usted con ese muerto en el colegio?”
Madre tomó cartas en el asunto. Recogió el muerto
lo llevó al cementerio y lo enterró en la tumba al lado de los
crisantemos. ■■

